

# Leyendas del Ñacurutú

Sergio López Suárez

loqueleg

## Garra charrúa

Muchas personas sostienen que el mito de la “garra charrúa” nació hace mucho tiempo, entre los años 1924 y 1950, cuando un grupo de uruguayos deslumbró al mundo jugando espectacularmente al fútbol...

9

¡Ja, Ja! ¡Nada que ver! Esa es una de las tantas versiones libres que andan circulando por ahí, porque la única y verdadera historia del origen de la garra charrúa la llevo aquí, justo a la altura de mi pecho...

¿No me creen?

Bueno, sí, lo reconozco, es difícil de creer...

Tal vez si les anoto algunos datos sobre quién soy yo, les resulte más fácil creerme. Presten atención: soy un ave, me llamo Ñacurutú; soy pariente directo de las lechuzas, hablo usando el dialecto de los pájaros, tengo un par de ojos que parecen huevos fritos, y siempre llevo colgada de mi pescuezo

una garra enorme que perteneció a mi tatarabuelo, Gran Lechuzón Ñacurutú Primero.

10 Nuestra tradición familiar asegura que esta uña larga y gruesa que cuelga de mi cuello es la famosa garra charrúa...; pero mi mamá dice que en verdad se trata simplemente de una garra que mi tatarabuelo perdió en una pelea con un zorro que lo quería comer.

Como se darán cuenta, en las historias familiares, así como en la historia de los indígenas que habitaron la tierra charrúa, existen distintas versiones para explicar sucesos no muy conocidos.

Sin embargo, como soy un ñacurutú de ley, y como valoro mucho recordar con respecto nuestras tradiciones, decidí escribir estas leyendas tal como mi tatarabuelo las contaba a los búhos y lechuzas que solían escucharlo acurrucados en el viejo ceibo de la comunidad.

Para escribir estas historias usé tinta azul fabricada con hojas de jacarandá... Y la pluma para el trazado de las letras fue, ¡por supuesto!, la garra puntiaguda que me legó el entrañable Gran Lechuzón Ñacurutú Primero, mi adorado y divertido tatarabuelo.



LEYENDA  
De  
LAJAU



## Leyenda del *Lajau*

“¡*Lajau!*”, dijo el dios Tupá el día que estaba creando las plantas. 13

Y *lajau*, el ombú, apareció por primera vez en la tierra de los ñacurutúes.

Enseguida Tupá procedió como lo hacía habitualmente: tomó con mucho cuidado el ombú y lo colocó sobre su mesa de trabajo, al lado de los diminutos árboles que terminaba de inventar.

La copa del ombú tenía el tamaño de un coquito de butiá. El buen dios sabía que el ombú no estaba conforme con las dimensiones que acababa de otorgarle.

“Ya tendrás tiempo de crecer; cuando yo mismo te instale en la tierra”, repetía con dulzura Tupá, hablándole al ombú y a cada una de sus pequeñas creaciones vegetales.

Un rato después, mientras Tupá calentaba el agua para tomar unos mates, escuchó que

los arbolitos hablaban animadamente entre ellos. Lo que en un principio fue un simpático cuchicheo de hojas, pronto se transformó en un alboroto insufrible de troncos, ramas y raíces, que taladró los oídos del buen Tupá.

—Bueno, ¡basta por hoy!, ¡cállense un poco, escandalosos! —ordenó Tupá, sacudiendo en el aire un matecito recién cebado—. ¡Escúchenme con atención, manojito de hortalizas! ¡Llegó la hora del “*me gustaría*”!

Bastó con que Tupá mencionara el “*me gustaría*”, para que el escándalo terminara bruscamente.

—¿Qué es eso del *me gustaría*? —preguntó el ombú.

—Es una oportunidad que les doy a mis creaciones —respondió Tupá.

—¿Una oportunidad para qué? —indagó de nuevo el ombú.

—Y... es una oportunidad para que me digan cómo les gustaría ser...

—¿Cómo nos gustaría ser cuando seamos grandes?... O ¿cómo queremos ser desde ahora que somos chicos? —insistió el ombú, dudando, porque no es común que un dios

ande por ahí preguntándoles a las cosas cómo les gustaría ser en el futuro.

—Dejame pensar un poco... —dijo Tupá—. Yo les pregunto cómo querrían ser ustedes cuando sean grandes... Pero para eso tendrían que ir preparándose desde ahora que son pequeños, ¿no?

—¡Sí!, ¡Sí! ¡Sí! —respondieron todos a la vez...

15

Y de inmediato, arriba de la mesa de Tupá se armó ¡bruta discusión!, porque cada árbol quería ser el primero en mencionar su deseo. La escandalosa algarabía que producían los arbolitos creció hasta que Tupá decidió cortar por lo sano.

—¡Bueno, basta! ¡Despacito por las piedras! —gritó el buen dios, fulminando con una mirada al monte enano que tenía enfrente—. Será mejor que nos ordenemos un poco... A ver, vos, quebracho: ¿cómo te gustaría ser de ahora en adelante, hasta que seas bien viejito?

El quebracho titubeó un poco antes de responder.

—En fin, la verdad es que yo... Creo que a mí me gustaría que... Pienso que...



—¿Podrías decidirte de una vez? —lo apremió Tupá.

—¡Sí, sí, ya lo tengo! —anunció, feliz, el quebracho—. Quiero ser fuerte y durísimo, para resistir los golpes que la suerte me dé.

16 —¡Está bien, que así sea! —decretó Tupá tocando al quebracho con un solo dedo. Y enseguida el quebracho se volvió duro y fuerte.

—¿Y a vos, jacarandá, que te gustaría?..

—La verdad, diosito, que yo me conformaría con vestir de lila durante algunos meses del año.

—¡Está bien, que así sea! —decretó Tupá tocando al jacarandá con un solo dedo. Y enseguida el jacarandá envolvió su copa con mil flores lilas.

—¿Y a vos, timbó, cómo te gustaría ser? —preguntó Tupá, apurando la cosa porque la noche se les venía encima.

—Yo quisiera tener mil orejas, para escuchar al viento y el canto de los pájaros...

—¿Orejas? —preguntó, extrañado, Tupá.

—Sí, orejas —confirmó muy seguro el timbó—. Y si son negras, mejor.

—¡Está bien!, gustos son gustos; ¡que así sea! —decretó Tupá tocando al timbó con un

solo dedo. Y enseguida el timbó se cargó de frutos oscuros parecidos a orejas.

Así continuó Tupá por casi dos horas, hasta que llegó el turno del ombú, quien había tenido un buen rato para pensar.

—¿Y a vos, ombú, qué es lo que te gustaría?... —indagó contento Tupá, porque era el último pedido que debía conceder esa noche.

17

El ombú respondió sin titubear:

—Yo no quiero madera dura ni flores de colores ni perfumes excitantes ni espinas gruesas ni mil orejas negras...

—¡Pará, pará un poquito, ombú! —dijo Tupá de repente—. ¿No podés abreviar un poco? No necesitás nombrar todo lo que no querés, decime simplemente aquello que te gustaría.

El ombú entendió bien la indirecta, por eso expresó de un tirón su deseo:

—Yo quisiera un tronco voluminoso de madera blanda, más esponjosa que la de la palmera; y una copa espesa, para brindar mi sombra a bichos y hombres que vengan a mí en busca de amparo...

—¡Está bien, que así sea! —decretó Tupá tocando al ombú con un solo dedo. Y enseguida el ombú tuvo el tronco grueso de madera

blanda y una copa inmensa, tal como había pedido.

Y dicen que Tupá, conmovido por el árbol que pedía virtudes para compartirlas con bichos y gente, decidió otorgarle un don único, un don que eternizara la bondad vegetal que el ombú demostraba tener...

18 Y aseguran que Tupá, en un arrebatado de infinita generosidad, y sin un solo toque de sus dedos, allí mismo decretó que el ombú fuera inmortal...

Todavía hoy en día los hombres discuten sobre la supuesta inmortalidad del ombú...

Contaba mi tatarabuelo, Gran Lechuzón Ñacurutú Primero, que cuando él era chico, también analizaban si era verdad esto de que Tupá había hecho al ombú inmortal. Él admitía que algo de cierto tenía esta leyenda, porque muchos ñacurutúes habían visto que, si bien un ombú parecía morir por uno de sus lados —desmigajando su tronco en blanco aserrín—, paralelamente podía verse que nuevos brotes del ombú iban germinando por el lado opuesto...